

LONDRES, EN LAS HISTORIAS DE UN ESCRITOR LIBIO TRASTERRADO

Pedro MARTÍNEZ MONTÁVEZ
Universidad Autónoma de Madrid

Más que lo que significan propiamente y por entero, en sus variadas acepciones, las cosas son aquello que, por una serie de razones, de motivos y de circunstancias de muy diversa factura, pasan por significar preferente o hasta exclusivamente, con evidente abuso reduccionista injustificado en este último caso, aunque pueda resultar en parte explicable. Eso es lo que nos ocurre en la actualidad con los términos *emigración e inmigración*, que son en realidad las dos caras combinadas de un mismo hecho: la migración. Y empleo aquí el “nos” con una intención muy precisa, refiriéndome a quienes habitamos esta región del mundo que solemos llamar, de forma convencional y no menos improcedente y abusiva, el Occidente; en este caso concreto en su marco europeo.

Digo todo lo anterior porque quiero que el punto de partida de esta modesta contribución sea una comprobación innegable –a mi parecer- aunque aquí tenga tan sólo un valor formal o teórico. La *Gran Enciclopedia Larousse*, que es la obra de consulta general que tengo en estos momentos más al alcance –Barcelona, 1989, tomo XV, página 7.994- define así el término migración en su primera acepción: “Desplazamiento de individuos o de pueblos de un país a otro o de una región a otra para establecerse en ellos, por causas económicas, sociales o políticas”.

Y lo digo para afirmar seguidamente algo que me parece también innegable, y que es una simple deducción a partir de la definición anterior: la imagen absolutamente mayoritaria, y con frecuencia casi única, que tenemos del hecho de la migración hacia nuestros países de individuos procedentes de países calificados de musulmanes o islámicos, resulta sumamente reducida, porque se circunscribe casi únicamente a lo que es también nuestra casi única percepción del hecho, concordante sin duda alguna con lo que es su aspecto más frecuente y evidente: la emigración laboral, la recepción de *mano de obra*, cuanto más barata, con mayor beneficio para nuestros sistemas económicos. Resulta por ello, pues, explicable y

en gran medida comprensible ese implacable reduccionismo producido en la semántica de la palabra.

Pero no es comprensible ni explicable que, deslumbrados y confundidos por este aspecto muy mayoritario y que afecta directamente y de inmediato a nuestra vida cotidiana, olvidemos todos los otros aspectos que también brinda el hecho migratorio, que no seamos casi nunca capaces de verlos, de planteárnoslos, de asumirlos, de valorarlos y de analizarlos. Y en este punto concreto es en el que esta modesta contribución mía se diferenciará por completo, o casi –me temo que así ocurra- de las muchas, necesarias, y bastantes de ellas muy útiles, positivas y valiosas, que se vienen sucediendo en nuestro medio desde hace ya algunos años, y que están en pleno proceso de multiplicación expansiva, de oferta y de demanda. En esto, como en otras muchas cosas, soy plenamente consciente de que voy a contracorriente, lo que, a decir verdad, ni me sorprende ya ni me preocupa.

Cualquier migración es, por consiguiente, una modalidad de trasterramiento, de extrañamiento, de desarraigo. Voy a volver a tratar en esta contribución sobre una cuestión a la que ya he dedicado algún otro trabajo similar: el trasterramiento o el extrañamiento cultural, en su faceta formal literaria e intelectual¹. La historia de la humanidad está llena de trasterramientos literarios e intelectuales, y en bastantes casos debemos recordar que han dado resultados óptimos, muy innovadores y fecundos para las dos comunidades y los individuos adscritos en origen a las mismas. Por poner sólo un ejemplo que nos cae muy cerca a los hispánicos y en muchos aspectos resulta especialmente encomiable y relevante: la labor desarrollada en diversos países latinoamericanos, y quizá de forma especial en México, por los escritores e intelectuales españoles partidarios de la República y emigrados tras la llamada Guerra Civil para evitar la persecución franquista. Las connotaciones políticas y sociales de estos trasterramientos son naturales, directas y evidentes. Resultan aspectos y dimensiones de la cuestión general, sin embargo, que a mí me han interesado menos hasta ahora en los trabajos que he realizado. Pues bien, esta clase de trasterramientos y de extrañamientos vienen siendo muy abundantes también en el mundo árabe, en particular dirigidos a la Europa comunitaria, y no constituyen sino una de tantas facetas del enorme problema universal que es la migración.

En esos trabajos me ha interesado llamar la atención del ciudadano español sobre hechos que vienen pasando delante de sus ojos pero que, por razones de muy

¹ Por ejemplo, “Reflejos en la prensa árabe actual del exilio islámico en la Europa comunitaria”, escrito en 1993, y que recogí posteriormente en mi libro *Pensando en la historia de los árabes*, Madrid, 1995, pp. 323-336, “La participación cultural árabe en la Europa actual”, del año 2000, incluido luego en mi libro *Mundo árabe y cambio de siglo*, Granada, 2004, pp. 425-450, e “Inmigración y cultura”, de 2003, en *Mundo árabe...*, pp. 451-459. En algunos otros no he abordado el tema de manera directa, pero sí de forma complementaria o lateral, como en: “También hay autocritica árabe”, 1993, incluido en *Pensando...*, pp. 315-321, “Hacia un nuevo humanismo en las relaciones con el mundo árabe”, 1993, en *Pensando...*, pp. 337-346, o “Los árabes y el Mediterráneo. Reflexión desde el final de siglo”, 1998, en *Mundo árabe...*, pp. 173-224.

diversa índole, le resultan totalmente inadvertidos, no conoce. Es muy posible que el ciudadano español conozca bastante menos de lo que debería conocer sobre todo aquello que pasa delante de sus ojos, pero eso es otro asunto en el que yo no voy a terciar ahora. En todo caso, como no lo conoce, ni nadie se lo da a conocer, piensa que no ocurre; mejor dicho, no puede pensar nada al respecto. Y como su conocimiento de la cultura árabe en general es asimismo muy precario y escaso, y más en particular aún del panorama literario e intelectual del mundo árabe actual – que, para él, es un desierto también en este aspecto- el hecho, en última instancia, le resulta totalmente coherente, natural, no necesita indagación ni explicación ningunas. No nos engañemos: la difusión de la gran obra de Naguib Mahfuz es más bien un hecho particular, casi un espejismo, la inevitable excepción que suele confirmar la regla.

Nuestro ciudadano, ni siquiera el culto e inquieto en su inmensa mayoría, no asocia aún los conceptos de literatura árabe o pensamiento árabe con trasterramiento o extrañamiento, y mucho menos aún con emigración. Es muy posible que ni siquiera vea a Edward Said como un pensador trasterrado ante todo. Pero literatura, pensamiento y trasterramiento son términos y hechos que están profunda y directamente relacionados en la circunstancia árabe actual², que forman parte de su trama, y las trenzadas interacciones existentes entre ellos son muy grandes, ilustrativas y crecientes. La obra literaria e intelectual –también artística, pero no me incumbe ahora hablar de ello- de creadores y creadoras árabes trasterrados, desarraigados, constituye uno de los capítulos más sobresalientes, significativos y novedosos de la literatura y del pensamiento árabes actuales³, manteniendo además con ello una característica muy propia y acuñadora que desde hace mucho tiempo la distingue y singulariza. En realidad, ni la literatura ni el pensamiento árabes modernos calificados de renacientes, es decir, de la *Nahda*, se

² De momento sólo pongo un ejemplo pertinente: la revista llamada precisamente al-Igtirab al-adabi (es decir, el Trasterramiento –o la Expatriación- literario), que se publica en Inglaterra, y de la que conozco algún número. Colaboran en ella escritoras y escritores árabes residentes en la mayoría de los países europeos –y en otras partes del mundo también, conviene no olvidar-. Sobre el término árabe igtirab, de tan extensa, honda y entramada semántica, añadiré más adelante alguna referencia o reflexión pertinente. Parece que en las reuniones de escritores árabes trasterrados no resultan con frecuencia nada pacíficas. Por poner un ejemplo muy reciente de lo que afirmo, remito al desarrollo muy accidentado que ha seguido el convocado como I Congreso Internacional de Escritores árabes en el exilio en Argel, que había sido elegida capital cultural del mundo árabe para el año 2007. La reunión ha abundado en incidentes, confrontaciones y polémicas de todo tipo, como ilustra el largo comentario que le dedica Salam Sarhán en el diario al-Quds al-`arabi, nº 5.653, 3- 8 - 2007, página 10. Resulta muy aleccionadora su lectura para empezar a conocer la conflictiva y múltiple problemática que asedia las vidas y las obras de esta gente.

³ Pregunto, por ejemplo: ¿la obra de autores tan representativos, descolantes e importantes como Adonis, Saadi Yúsuf, Tahar Benjelloun, Amin Maalouf, Driss Chraïbi, `Abd al-Wahhab al-Bayati, Nizar Qabbani, y hasta Mahmud Darwish, se puede explicar, entender y valorar adecuada y suficientemente sin considerarla también, y de forma sustancial y predominante en numerosos aspectos y dimensiones.

pueden conocer, entender ni valorar adecuadamente sin tener en cuenta toda esta enorme producción debida a la creatividad trasterrada⁴.

Estos desplazamientos humanos, tanto los que afectan a los individuos como los que afectan a los grupos, a las colectividades, son de clase y modalidad muy diversas, y por ello cabe emplear también diversos términos para denominarlos, desde lo más generalizador a lo más particularizador. Cabe hablar por ello, consecuentemente, de migración –con sus dos derivados correspondientes- de exilio, de refugio, de asilo, de trasterramiento, de extrañamiento, de expatriación, y tantos otros. Los casos a los que yo me he venido refiriendo con anterioridad son los que reflejan con preferencia hechos de dimensión y contenido cultural esencialmente, y también se inserta en este apartado el ejemplo que voy a tratar ahora.

Pienso, en consecuencia con lo que acabo de decir, que los correspondientes cabales existentes en lengua árabe para expresar esas modalidades de migración son, en numerosos casos y situaciones, una pareja de vocablos morfológica y semánticamente emparentados, derivados ambos de la misma raíz trilitera consonántica –GRB-, es decir, *gurba* غربة e *igtirab* إغتراب. No es éste el lugar apropiado para hacer una mínima incursión inicial en el profundo, entrañable y turbador entramado semántico subyacente a la raíz de la que ambos términos derivan y a la que conjunta e indisolublemente pertenecen, para abordar su acumulada estratigrafía mental y emocional, pero sí parece aconsejable dejar al menos constancia somera de los sentidos predominantes que guarda, como una alhacena por abrir. El lector podrá empezar a deducir así, si es sensible a estas bellezas, signos y arcanos de la lengua, algo de esa espléndida y sugerente trama indisolublemente trenzada, taraceada, a la que aludo⁵. Las ideas de *extraño*, *extranjero*, *raro*, *extraordinario*, *oeste*, *puesta de un astro* –y sobre todo el sol- son las que se integran y combinan en esa raíz GRB, que constituye un universo metafórico prodigioso y casi inagotable. Seguramente el hablante común no tiene conciencia de ello, o la tiene muy reducida y embrionaria, no percibe las calidades

⁴ Como esta contribución no va dirigida a especialistas en literatura árabe contemporánea, ni está escrita pensando en ellos y en ellas, me limito simplemente a remitir al lector interesado en el tema, para que empiece a hacerse una idea del alcance e importancia de la cuestión que aquí suscito, a la lectura de algunos libros míos en los que he tratado de aunar documentación, reflexión, divulgación e inquietud, como: *Introducción a la literatura árabe moderna*, Madrid, 1974, 2ªed. ampl., Madrid, 1985, *Al-Andalus*, España, en la literatura árabe contemporánea, Madrid, 1992, o *El reto del Islam. La larga crisis del mundo árabe contemporáneo*, Madrid, 1997.

⁵ Como resulta absolutamente explicable y coherente, este sentimiento de *gurba*, con todos sus entramados y derivados, empapa y caracteriza de forma especial a la literatura palestina actual. Yo mismo apunté ya algo en mi opúsculo *Escritos sobre literatura palestina*, Madrid, 1984, y su estudio está interesando a arabistas españoles de generaciones posteriores: Arantxa Alegre González, “El sentimiento de *gurba* en Mahmud Darwis”, en *Idearabia*, 4, pp. 41-42, y Rosa-Isabel Martínez Lillo, “*Gurba* y modernidad en poesía árabe”, en la revista *Hoja de ruta* (on-line), ed. nº 6, abril 2007.

múltiples y sutiles del tejido que palpa, pero la realidad honda y turbadora es ésta. Aparte de que el escritor no es un hablante común.

Son hechos y situaciones que se producen en todas las existencias y culturas, que se han producido siempre y que se seguirán produciendo mientras el ser humano sea lo que es. No tiene, pues, nada de antinatural, de forzado ni de artificial. Que no seamos conscientes de algo no quiere decir que no exista. Por ello, la obra creadora, la obra artística, posee una capacidad singular para rescatar estas realidades de manera especial, dotándoles de destellos innovadores y dimensiones desconocidas. Y en la cultura árabe pasa igual que en las otras culturas. Una buena exposición de estas cuestiones se brinda en el reciente libro de un destacado intelectual libanés, Halim Barakat, que es él mismo, al tiempo, un excelente ejemplo de creador trasterrado: *al-Igtirab fi-l-zaqafa al-`arabiyya. Matahat al-insán baina-l-hulm wa-l-waqi`* (“El trasterramiento en la cultura árabe. Desiertos y laberintos del hombre entre el sueño y la realidad”) –Beirut, Markaz dirasat al-wahda al-`arabiyya, 2006⁶-. Advierto no obstante que los intentos que he hecho para obtener un ejemplar del libro han resultado baldíos hasta ahora, aunque he podido hacerme una idea bastante aproximada de su contenido a través de dos extensos y detallados comentarios aparecidos en un importante diario en lengua árabe⁷, que ofrece la ventaja y el aliciente de resultar también en buena medida un representativo producto de trasterramiento cultural⁸.

⁶ Este novelista y sociólogo libanés es un prestigioso y muy representativo intelectual árabe contemporáneo. Nacido el año 1936 en Kafrún, fue profesor de la American University de Beirut, y desde comienzos de los años setenta lo ha sido en varias universidades estadounidenses, especialmente en Georgetown de 1976 a 2002. Es uno de los más lúcidos analistas de la compleja y problemática realidad social, cultural y política del mundo árabe actual, y así lo viene acreditando desde hace años con numerosos libros, monografías, ensayos y artículos, tanto en lengua árabe como inglesa. Su obra novelística, iniciada a mediados de los cincuenta, la continuó con dos títulos directamente relacionados: *Sitta ayyam* (“Seis días”), 1961, que fue una sorprendente visión premonitrice de la Guerra de los seis días de junio de 1967, y *`Awdat al-ta'ir ila-l-bahr* (“La vuelta del pájaro al mar”), de 1969, ambientada en aquellos trágicos sucesos una vez ya acaecidos. La última novela suya que conozco es *Inana wa-l-nahr* (“Inana y el río”), de 1995. En mi opinión, Halim Barakat se erige en uno de los ejemplos más cabales y representativos asimismo del escritor e intelectual árabe trasterrado, y claramente comprometido además con los supremos valores humanos y el destino de su colectividad.

⁷ Se trata de un artículo de Karam al-Hulw, “Halim Barakat yakshif ahwal al-igtirab al-zaqafi `arabiyyan” (“H. B. descubre las situaciones del trasterramiento cultural a lo árabe”), en *al-Hayat*, n° 15.938, 23-11-2006, página 20, y otro de Faysal Darrach, “al-Igtirab fi-l-zaqafa al-`arabiyya” (“El trasterramiento en la cultura árabe”), en *al-Hayat*, n° 16.076, 10-4-2007, página 19.

⁸ La mejor y más interesante y diversificada prensa árabe en la actualidad, en mi opinión, tiene su centro en Europa, y concretamente en Londres. Se trata, como digo, de una opinión personal, que quiere reflejar el hecho de forma muy general, y que por ello mismo debe ser matizada oportunamente en cada caso específico. *Al-Hayat* y *al-Quds al-`arabi* me parecen los dos diarios más destacables, y presentan además la cualidad de brindar bastantes diferencias, de todo orden, entre sí. Basta leer con atención algunos números de estos diarios para advertir de inmediato las muchas colaboraciones que insertan debidas a escritoras y escritores árabes que viven en diversos países occidentales. Es muy posible que el lector profano se sienta sorprendido, y hasta quizá estupefacto, ante la amplitud del fenómeno, que resulta sin embargo completamente natural y coherente, y que

El término *igtirab* entra en el terreno de la socioliteratura y ha seguido una interesante trayectoria en medio árabe que Barakat estudia con detalle y que ya por sí misma resulta significativa. Comenzaría en la década de los cincuenta del pasado siglo, y va siendo empleado en diferentes casos y con diversas equivalencias más o menos justificadas, entre las cuales no falta algún curiosísimo neologismo que, a lo que a mí se me alcanza, no ha obtenido sin embargo aceptación ni empleo apreciables en lengua árabe⁹.

En Barakat, como resalta otro destacado intelectual árabe contemporáneo, “la idea del *igtirab* indica una carencia humana o una privación nunca saciada o temporalmente insatisfecha. El *mugtarib* (trasterrado) es el ser humano que perdió algo que poseía, o el que busca un objeto deseado y que no ha encontrado”¹⁰. Ocurre además que, en la cultura árabe contemporánea, estos hechos y situaciones de *igtirab*, de trasterramiento o similares, están directamente vinculados a un enorme proceso global en el que está incurso desde hace mucho tiempo y que en numerosos aspectos la ha influido y alterado radicalmente, hasta con gran frecuencia la ha traumatizado: es el proceso de occidentalización¹¹.

Es ésta una realidad objetiva, evidente e innegable, sobre la cual renuncio a entrar ahora aquí en pormenorizaciones y valoraciones de cualquier género, y sí simplemente quiero recordar. Así lo observa y pone de relieve otro de los

constituye una de las expresiones más ilustrativas y aleccionadoras de la realidad árabe actual. Vengo llamando la atención sobre este asunto desde hace tiempo, y hora es ya de dedicarle los estudios monográficos y metódicos que reclama, y que entre nosotros están muy pocos cultivados todavía, excepción hecha de algunas contribuciones pioneras mías y de algunos otros arabistas de generaciones inmediatamente posteriores que están al tanto de la prensa árabe y la consultan con asiduidad y provecho. En este sentido, son muy valiosos y encomiables dos volúmenes recopilatorios recientemente aparecidos: Mercedes del Amo, *El 11-M en la prensa árabe*, Sevilla, 2004, y Pedro Rojo Pérez, *El mundo visto por los árabes. Anuario de prensa árabe 2006*, Barcelona, 2007.

⁹ Aludo en concreto al término *al-alyana* (que parece una arabización culta del francés *aliéner*) y que, como recuerda Darrach en el artículo citado, introdujo el traductor al árabe del libro de Roger Garaudy sobre el marxismo del siglo XX, y que el propio Darrach considera “escritura corrupta (*kitaba muharrafa*) del original europeo”.

¹⁰ Darrach, art. cit. Conviene tener en cuenta y recordar que ese sentimiento de extrañamiento, de trasterramiento, o de desarraigo, lo puede experimentar el creador en cualquier otro país perteneciente a su ámbito cultural mayor, general, en sentido amplio, o hasta dentro de su propio país, de su propio entorno. Son modalidades de ese sentimiento general relacionadas y diferenciadas al tiempo, y que quizá podrían ser calificadas de exterior, de semi-exterior o semi-interior, y de interior. La cultura árabe contemporánea precisamente abunda en ejemplos y casos sumamente representativos de estas varias modalidades trezadas, y presenta un panorama especialmente amplio y sugerente al respecto, lo que permite realizar estudios extraordinariamente ilustrativos y clarificadores sobre estos temas, que sin duda no tienen un interés sólo literario. Halim Barakat se refiere con acierto a muchos de estos casos y ejemplos, como observa Karam al-Hulw en el artículo mencionado.

¹¹ No tengo intención ninguna de profundizar aquí sobre este tema que apunto, en ninguna de sus facetas y dimensiones. Quiero simplemente recordar que a la misma raíz triconsonántica a la que nos estamos refiriendo, ya mencionada, GRB, pertenecen los términos que en árabe significan “occidente” (*garb*, con su derivado *magrib*) y “occidentalización” (*tagrib*, con su derivado, en una de sus acepciones, *istigrab*). La posible relación interactiva se establece, por consiguiente, desde el mismo manantial de la lengua, desde la propia raíz, es algo implícito, una virtualidad real.

comentaristas del libro de Barakat, al afirmar: “A la luz de estos conceptos occidentales, Barakat define el *igtirab* como estado de incapacidad del ser humano en sus relaciones con la sociedad, las instituciones y el orden público, una vez que todo esto se ha transformado en fuerza material y moral que trabajó contra él, en lugar de ser aprovechada en su servicio. En tales términos, la realidad predominante de la sociedad árabe es una realidad occidentalizada que convierte al pueblo, y en particular a sus clases y sectores excluidos, y a la mujer, en seres incapaces, sin fuerzas para afrontar los retos de la época”¹².

En realidad, el fenómeno es sumamente conocido y archirrepetido y se refleja en múltiples e inacabables situaciones y manifestaciones: se trata de la confrontación y de la lucha entre el mundo árabe e islámico y el mundo occidental cristiano. Es un fenómeno muy antiguo, recurrente, cambiante, pero también, lamentablemente, permanente, y que si brindaba ya una acumulada fenomenología complicadísima en tiempos anteriores, ha alcanzado últimamente niveles de paroxismo y de violencia realmente enloquecedores. Tampoco es éste el lugar apropiado para entrar en el comentario y análisis de tal fenómeno, que constituye tanto una de las realidades indiscutibles como de los tópicos impuestos y de las obsesiones añadidas más trágicos y siniestros de nuestro tiempo, que en realidad no sabemos muy bien cómo contrarrestar, contener ni reducir. Sí quiero dejar aquí apuntado simplemente que, aunque resulte lo más deseable pero también, lamentablemente, lo menos frecuente, no faltan sin embargo los intentos laudables, por ambas partes, de superar tal situación y de abordar exposiciones y análisis más indicativos y ponderados de la tremenda confrontación establecida¹³.

* * *

Todo lo escrito hasta ahora sirve como marco e introducción a la parte posiblemente más interesante y novedosa de esta contribución, si es que tiene algo de interés y novedad: la presentación de dos textos recientes de un escritor libio, Yumaa Bu-Kulayb (Bu Klib), al que leo una vez por semana en el conocido e influyente diario *al-Quds al-`arabi* desde hace varios meses¹⁴. Ya la lectura diaria

¹² Al-Hulw, art. cit.

¹³ Cito por ejemplo, entre las últimas colaboraciones que he leído en prensa árabe, el artículo de `Irfán Nizam al-Din, “al-Yaliyat al-`arabiyya baina-l-salbi wa-l-iyabi” (“Las comunidades árabes entre lo negativo y lo positivo”), en al-Hayat, n° 16.194, 6-8-2007, página 9, y Ahmad Mansur, “Qiraa fi-masalat al-hichra: nasaih min mugtarib qadim” (“Una lectura de la cuestión de la emigración: consejos de un antiguo trasterrado”), en al-Quds al-`arabi, n° 5.657, 8-8-2007, página 18.

¹⁴ La colaboración semanal de este autor lleva el título permanente de Hikayat min al-barr al-inklizi (“Historias desde la orilla inglesa”), y cada hikaya tiene a su vez un título particular diferente. Quiero llamar la atención sobre el hecho de que el autor se presentaba como katib min Libiya yuqimu fi Lundun (“escritor de Libia que reside en Londres”) en las colaboraciones de los primeros meses, y que con posterioridad lo reduce a katib min Libiya (“escritor de Libia”). No sé si estará en relación con el hecho de su traslado a otro lugar o no. En cualquier caso, existen datos y motivos suficientes para saber con certeza que el autor ha vivido en la capital inglesa con frecuencia.

de esta columna, en la que colaboran asimismo otras plumas, me resultó desde un principio atractiva y sugerente, sumamente ilustrativa, tanto por temática como por estilo y también, en mi opinión, propósito¹⁵. Confieso que me parece de lo más destacable y digno de ser tenido en cuenta dentro de la producción prosística actual en lengua árabe, y en concreto la que no se debe a autores de los considerados consagrados o bastante conocidos, relativamente, fuera del mundo árabe. Como he manifestado en diversas ocasiones, este tipo de texto, de prosa de columna, que es una excelente combinación de literatura y periodismo, brinda también en literatura árabe actual notables logros y aportaciones. Obviamente, el “género” no es totalmente nuevo en literatura árabe contemporánea –como no lo es, por otra parte, en ninguna literatura actual- pero sí parece indudable que no sólo ha experimentado un muy importante incremento sino que ha ido también definiéndose y caracterizándose, es decir, constituyéndose posiblemente en género propio, bastante innovador en temática, en estilo y en lenguaje, y que resulta en la actualidad seguramente uno de los que recogen y reflejan más adecuada e intencionadamente la convulsa realidad árabe¹⁶.

En consecuencia, si la lectura de esos textos constituye para mí un hábito gustoso, esta contribución podría ser quizá considerada como un “capricho” personal, derivado de lo que es, estrictamente, una aventura de lector que, algo escéptico ya ante la producción de los grandes nombres y de las firmas predominantes y de mayor relumbrón, dentro del panorama de las letras árabes contemporáneas, trata de encontrar en nombres y firmas que cuentan con menor proyección –sobre todo internacional- y que en bastantes casos pertenecen seguramente a generaciones más jóvenes, los alicientes y atractivos que busca. Si se trata además de escritores y escritoras que no se encuadran en las que cabe considerar “literaturas nacionales mayores” dentro del marco general árabe, y sí pueden ser tenidos, por consiguiente, por representantes de otras literaturas menos desarrolladas aún, y de hecho casi desconocidas todavía en nuestro medio, de literaturas emergentes y de inicios recientes, doble aliciente. Y si se ajustan a la temática concreta que me interesa suscitar aquí, pues miel sobre hojuelas.

He de confesar que no poseo referencias y datos abundantes y concretos sobre este escritor, ni información extensa sobre su persona, su vida y su obra, que

¹⁵ La columna tiene el encabezamiento permanente, a lo largo de los sucesivos días de la semana, de Tada`iyat, lo que prefiero traducir aquí por “Concurrencias y provocaciones”, es decir, con una pareja de términos y no sólo uno, teniendo en cuenta la trama semántica de la raíz de la que deriva y de su forma verbal concreta. Como digo, los colaboradores de la misma van variando, y se trata con frecuencia de autores árabes residentes en países europeos: además de Inglaterra, Francia, Suecia, Dinamarca, Holanda, etc. Obviamente, cada una de las colaboraciones tiene también su título particular.

¹⁶ En algún trabajo anterior mío he llamado también la atención, de pasada, sobre este tipo de textos, proporcionando algunos nombres de escritoras y escritores árabes actuales que lo practican con asiduidad y maestría. Aprovecho la ocasión para añadir otros, que creo no he mencionado hasta ahora, y que bien lo merecen también, como, a título de ejemplo ilustrativo, `Inaya Yábir, Iliyás Juri, `Izzat al-Qamhauí o Rashshad Abu-Shaurir.

tampoco me he molestado mucho en buscarlos ni en indagar sobre ello, ni siquiera he consultado a fondo mi propio y extenso archivo personal¹⁷. Como ya he expresado, me interesa aquí dar a conocer y aprovechar una grata anécdota personal de lector asiduo de prensa árabe, con lo que trato únicamente de llamar la atención sobre un tema muy amplio y complicado, escasísimamente abordado aún entre nosotros, aprovechando un ejemplo que me parece significativo, original y literariamente valioso. Es evidente que estos temas pueden y deben ser abordados desde perspectivas muy diferentes de aquellas en las que yo me sitúo aquí: reitero que lo que me ha interesado sobre todo en esta ocasión es aprovechar un ejemplo muy adecuado de esa “literatura de columna” tan practicada en la actualidad en medio árabe, y con tanta intención y significado, directamente relacionada en este caso con una modalidad peculiar de trasterramiento, de desplazamiento.

Quizá, desde posturas y concepciones muy rigurosas y exigentes, este escritor libio, Yumaa Bu-Kulayb, no debería ser considerado como escritor trasterrado, sino como escritor semi-trasterrado. Se trata de puntualizaciones quizá pertinentes y oportunas, pero en las que yo no quiero entrar aquí. Entre otras razones porque, ¿cómo se pesa, mide y calcula el trasterramiento?, ¿tienen el mismo valor y efecto en estos casos los datos cuantitativos y los cualitativos, o no?, ¿se reduce todo simplemente a una cuestión de cronología –más o menos duradera, permanente o intermitente-, o no? Los trasterramientos, los extrañamientos, los desarraigos –que tampoco son lo mismo ni tienen los mismos efectos y consecuencias, por supuesto, ¿son expresión preferentemente de un hecho, de una situación, de un sentimiento?, ¿no serán en definitiva sino la experiencia personal conjunta de todo esto?

He elegido también a este autor y estos textos por el escenario: Londres. El descubrimiento y la vivencia de una ciudad me han parecido siempre experiencias personales apasionantes, aventuras incomparables. La relación que un ser humano establece con la ciudad es una relación singular e intransferible. Que te sientas, o no, trasterrado, desplazado, desarraigado, en una ciudad, marca y condiciona tu existencia. Las modalidades de trasterramiento, extrañamiento y desarraigo que entre una ciudad y un ser humano se producen, y los avatares y procesos que siguen, son apasionantes e incontables. Londres es posiblemente, entre las ciudades externas a los árabes, la más frecuentada y habitada por ellos; también, quizá, la

¹⁷ Una rápida consulta del mismo me ha proporcionado dos interesantísimos textos del autor. Uno de ellos, también narrativo, titulado “Muhawala li-kitaba ma la yuktab. Al-`add al-batí min wáhid ila-`áshara” (“Intento de escribir lo que no se escribe. Contar lentamente de uno a diez”), se publicó en al-Hayat, n° 11.276, 29-12-1993, página 16. Lo firma como katib `arabi muqim fi Lundun (“escritor árabe residente en Londres”), y puede ser considerado como excelente ejemplo de lo que podríamos llamar “literatura carcelaria”, con el posible mérito añadido de ser autobiográfico. El segundo texto se titula Libiya baina waqiiyyat al-wazaiq wa-`asf al-taqarir (“Libia, entre el realismo de los documentos y la tiranía de los decretos”), y es una puntualización sobre un artículo del Prof. Muhámmad bin Galbún, publicado con anterioridad en dos entregas en el mismo periódico, y en que éste analizaba acontecimientos ocurridos en Libia en 1964. El texto de Bu-Kulayb fue publicado también en al-Hayat, n° 12.166, 17-6-1996, página 19, y aparece en esta ocasión como katib libi muqim fi Britaniya (“escritor libio residente en Gran Bretaña”).

sentida de manera más contradictoria, de la que, a mi parecer, se sienten al tiempo más próximos y más distantes. Es obvio que estoy hablando en términos excesivamente genéricos y seguramente por ello no aplicables en todos los casos y situaciones, o al menos habrá que hacerlo teniendo en cuenta las matizaciones y gradaciones adecuadas. Sospecho que el proceso de posible identificación con Londres –insisto en lo de posible- se diferencia del que puedan seguir y experimentar con otras importantes metrópolis occidentales.

¿Dónde está la nervadura, la tensión, que mantiene y vertebra esta prosa? No lo están desde luego, en mi opinión, en su disposición, en su hilación, en sus estructuras formales, sino que existen dentro de ella, están en su interior más apretado, en sus fondos emocionales. Son valores y componentes implícitos y no externos ni evidentes, conformaciones en estratos entrecruzados, y no en superficie. Puede parecer una prosa simple, elemental, rutinaria, la forma de expresión que corresponde cabalmente a una personalidad también rutinaria y que también cabalmente la refleja¹⁸, pero no lo es en absoluto, y tal vez el autor la utilice como un legítimo y espléndido artificio literario y personal, auténtico rasgo de estilo propio. A mí al menos me lo parece así, y por ello me ha atraído también: por su naturaleza esencial y profundamente dicotómica, dialéctica, por su condición irrenunciable de producto dual. En busca también por ello irrenunciablemente de la armonía necesaria, lo que demuestra asimismo al tiempo, sin duda alguna, su coherencia profunda y estructural, personalísima. También por ello me parece sumamente representativa de la realidad árabe actual.

He respetado escrupulosamente en la traducción la disposición formal del propio original, aunque es evidente que los párrafos presentan extensiones muy diferentes y desproporcionadas entre sí.

UNA NUEVA HISTORIA

Wimbledon es una canción en la punta de mi lengua, un oasis que me da sombra el día que sombra ninguna me protege y ningún calor me cubre de mis días de escarcha. La llevo en las maletas de mi memoria, y busco en ella la protección del pavor que desgranar en mi camino las tonadas (*mauales*) de mi larguísima soledad. Llegué allí hace ya cuatro años, solo, traspasado por los cuchillos del engaño de quien me enamoré, en quien me recliné y protegí. La dejé, cuando ya no tenía ante mí más cosa que partir hacia otro lugar.

Cuando la visité por vez primera sentí lo que la diferenciaba de otras varias comarcas londinenses. Parece una aldea, aunque no lo sea, y está muy cerca de ser un suburbio, pero tampoco lo es. Se une al resto con una tierna intimidad cálida que te lleva a pegarte a ella y a penetrar por sus venas y sus arterias. Además de la

¹⁸ En una de sus columnas más recientes, el propio autor confiesa: “Soy un hombre esclavo de su rutina, y cualquier infracción de mi rutina cotidiana me intranquiliza, y hasta me embrolla” (Hikaya ‘an Suzi –“Sobre Suzi”-, en al-Quds al-‘arabi, n° 5.671, viernes 24-8-2007, página 11).

fama que tiene a nivel mundial gracias a los campeonatos anuales de tenis que llevan su nombre, y que estimulan a los millones de entusiastas del tenis a seguirlos a través de las pantallas de televisión en todas las partes del mundo. Hasta cuando la dejé, elegí trasladarme a un distrito próximo, empeñado en visitarla con regularidad y comprar en sus mercados.

Cuando llegué aquel día era por la mañana, a la hora en que la estación de tren está abarrotada de gente acelerada por sus aceras. Yo venía en el tren procedente de Epsom, en su camino a Londres y Waterloo, y pensé bajar en la estación de Wimbledon para poder así utilizar el metro a fin de llegar a donde quería. La estación de Wimbledon está siempre llena, rebosante de vida, aunque a determinadas horas del día me hace sentirme confuso y molesto, contrariado por la desbordante afluencia de gentes. Bajé del tren en el andén número 5, tenía que subir unos cuantos escalones, caminar luego por el largo pasillo que a modo de puente enlaza todos los andenes, y desviarme a la derecha hacia el andén especial del metro. Al llegar por los escalones de cemento, y nada más dirigirme hacia la derecha, oí la voz de una mujer que me pedía que la esperara. Me llamó la atención encontrar una larga cola de viajeros, ante los cuales, de pie, unos cuantos policías de uniforme, hombres y mujeres, registraban a todo el mundo. El policía me pidió que me pusiera en la cola, y obedecí la orden. Era la primera vez en mi vida, desde que mis pies pisaron suelo inglés, que me exponía a pararme delante de un policía y a ser registrado en una estación de tren. Cuando me puse a la cola descubrí que todos los que estaban parados eran de origen árabe, asiático o africano, sin que hubiera entre ellos ningún varón ni ninguna mujer de origen británico o europeo. Cuando me tocó que me registrara el policía cogió mi maletín, lo abrió y empezó a registrarlo, al tiempo que encargaba a otro policía que me cacheara personalmente. Yo sentía cosas raras mientras estaba de pie: nada absolutamente podía hacer, ante mis propios ojos había dos policías, uno registrando los papeles de mi maletín y el otro profanando mi inviolabilidad personal en nombre de la ley. Le dije al policía: ¿Por qué me registras? Me miró a los ojos con cierta guasa, y siguió entregado a su tarea. Lo que más me molestó fue el silencio y el acatamiento de la larga cola de hombres y mujeres, el hecho de que hubieran aceptado ser registrados sin que hubiera surgido una sola voz de protesta. Terminado el registro, recibí el maletín, y abandoné aquella cola de la vergüenza disgustado e irritado, a punto de estallar. Bajé aprisa los escalones de mármol, me dirigí hacia el tren que estaba a punto de partir, y me senté en el primer asiento que encontré. Sentí como se me aceleraba el latido del corazón, como si estuviera a punto de volármese del pecho. Sentí que todo, en torno mío, me miraba, como si yo perteneciera a una ralea de criminales. El tren se movió, abandonando lentamente la estación, luego se fue acompasando el ritmo de su velocidad al ritmo del latido de mi corazón. Estuve sentado en el tren callado y triste, dejándome de lecturas, sintiendo amargura y asco de un mundo cada día más loco. Dejé el tren en Earl's Court, me di cuenta de que se me había olvidado la cajetilla de cigarrillos en casa, y me dirigí entonces hacia un establecimiento que tenían unos emigrantes árabes donde vendían cigarrillos de

contrabando a precios baratos. Compré un paquete, encendí un pitillo y seguí a lo mío, andando cansinamente. De camino a donde iba me apeteció pararme un rato en un café para recuperar la tranquilidad y el aliento. El local estaba lleno, pedí un café, y empecé a sorberlo de pie, despacio. Yo no tengo la costumbre de beberme el café de pie, y es algo que no me parece bien, pero ese día había nacido en mí una sensación de despreocupación, máxime porque podía fumar a pesar de la injusta ley en contra de un gobierno injusto, que concede a la policía el derecho a detenerme en cualquier estación o cualquier calle, a registrarme personalmente y registrar mis papeles, y a hacerme preguntas estúpidas sin más motivo que mi diferencia de color. Como si viviera en Sudáfrica en tiempos del régimen de los blancos racistas. Ocultándome el rostro, me interesé en seguir el diálogo que mantenían cuatro hombres sentados en torno de una mesa cerca de mí. El diálogo giraba contra el reciente decreto del gobierno de expulsión de cuatro diplomáticos rusos, en protesta por la no entrega, por parte de Rusia, de un antiguo espía ruso de material nuclear en Londres. Tres de ellos, velando por los intereses comerciales de Gran Bretaña en Rusia, estaban contra el decreto del gobierno, en tanto que el cuarto hombre lo defendía. El diálogo se transformó rápidamente en una disputa que me recordó las cumbres árabes. Sorbí en un último trago el amargo resto de café que me quedaba y abandoné el local. Si, como yo deseaba, hubiera sido otro día, me habría apresurado a ir al Speaker's Corner, en Hyde Park, y criticar públicamente lo que me había ocurrido a mí y a otros en la estación. Pensé en escribir una queja y enviarla al despacho del Presidente del Gobierno. Luego se me ocurrió contactar telefónicamente con algún periódico y notificarles lo que había pasado, con las repercusiones que podría tener sobre los miles de emigrantes pacíficos y hostiles al terrorismo y a los terroristas. Complacido con la idea, saqué mi móvil y consulté en la guía el teléfono de un gran periódico. Obtuve el número, y comuniqué con el periódico, deseando hablar con alguien con el servicio de noticias interiores. Pasados aproximadamente cinco minutos, me respondió un cualquiera, me dio a conocer su nombre y su condición y me preguntó qué quería. Tras contarle la historia por completo, me pidió el nombre, las señas y el número de teléfono. Al terminar la conferencia tuve una sensación de alivio, y sentí el deseo de leer el reportaje que se publicaría mañana. Seguí mi marcha a donde me proponía.

Al día siguiente me desperté temprano, salí de casa y me paré en el primer lugar de venta de periódicos y revistas. Cogí un ejemplar del periódico deseado. Pagué el precio, y salí a la calle. Echándome a un lado, hojeé todas las páginas, sin encontrar señal ninguna de lo que había pasado. Volví a hacer lo mismo a la mañana del día siguiente, volviendo a decepcionarme. La cosa se repitió los demás días.

Lo raro es que yo siga empeñado en comprar y leer ese periódico.

(*al-Quds al-`arabi*, nº 5.647, viernes 27 de julio de 2007 -12 de rayab de 1428 H.-, página 11 : "Hikayat min al-barr al-inklizi: Hikaya yadida!!").

UN SOLO MUSICAL FAMILIAR

La diferencia entre Londres y Trípoli es como la diferencia existente entre una ciudad que no te ve y otra que te niega. Tú te dices con pena: ¿No hay acaso otra opción?, pero sabes bien que, entre ti y tú mismo, todas las otras opciones fuera de tu patria son duras de pisar, cruelmente amargas. Y sabes también que estás en un dilema, que no tienes más escape que colaborar con lo que tienes, aunque te sepa mal y resulte atragantante. Por ello, lo más fácil que te queda es soltar las riendas del espíritu y deslizarte por las pendientes de un mundo al que viniste voluntariamente, en el que te implicaste hasta un grado que no deseas ya abandonar.

Hete aquí, pues, dentro de los senderos de otra mañana londinense, aunque sientes que el ritmo de tu corazón anhela asimilarse al ritmo de otra ciudad cuya miseria abrazó tu infancia y cuyo sol ardiente abrasó la masa de tu niñez. Luego, cuando la arboleda de tus sueños era ya robusta, te degolló vena a vena, se bebió tu sangre caliente engañada y derramada a pleno día. ¿Por qué?

He aquí que los pies te conducen por las calles de una ciudad que se ha familiarizado con sus extraños y ha pactado con los expulsados de sus patrias, pero que sólo se ama a sí misma. El corazón te sigue latiendo dentro del pecho con preguntas sumergidas en las aguas del mar de la angustia, y tus ojos siguen nublados como las tardes de un triste otoño de Trípoli que se atreve a tocar las cúpulas de las mezquitas y se alarga hasta abrazar los alminares por todas partes. Tú marchas solo por tu camino, cruzas aceras abarrotadas, como intentando huir de un destino que te persigue. En una ciudad que no pregunta por ti ni por otro cualquiera que la ame, que no quiere para ti ni para ningún otro que caigáis en la red de su seducción, sino que te deja que te administres por ti mismo. Que abre ante ti sus calles y sus aceras y que te concede -¡recuerda bien esto!- lo que te negó Trípoli, al cerrar todas sus puertas entre tú y aquello. Por eso, sigue en lo que estás, abre las ventanas de tu corazón en todas direcciones, suelta tus pájaros para que recorran los cielos de esta otra soleada mañana londinense desbordante de seducción, de vida y de vitalidad.

Londres es una ciudad de puertas abiertas al ensueño, puedes introducirte por todos sus accesos, día y noche, sin que necesites pedir permiso a la dirección del servicio militar ni estés obligado a llevar en el bolsillo tu documento personal de identidad. Todo lo que Londres quiere de ti es que estés siempre dispuesto a vibrar, con los sentidos y los sentimientos despiertos, como nube henchida que anhela descargar.

Por High Street Kensington, en tu camino a la estación de metro, te para una mujer que te parece por los rasgos japonesa. Te pregunta en un inglés cascado por dónde se va al Victoria and Albert Museum. Tú intentas indicarle el camino por señas. Te da las gracias con una inclinación de cabeza y una amplia sonrisa. Antes de que te deje, te atreves a preguntarle de qué país es, y te dice, con la sonrisa cubriéndole el rostro, que es de Japón. Inmediatamente te deja y se encamina con

pasos rápidos en la dirección que le marcaste. Tú, entretanto, sigues el camino que conocen tus pies de memoria. Antes de llegar a la estación te paras delante de un quiosco que vende el periódico vespertino londinense, compras un ejemplar, despliegas sus páginas mientras caminas y te sumerges en la lectura. Te llama la atención una noticia sobre un joven escritor libio que vive en Londres y ha publicado su primera novela en inglés hace pocas semanas: la obra ha provocado un extraordinario alboroto en la escena literaria británica y es candidata a obtener el mayor premio literario aquí. Sientes una alegría saltarte en el corazón como un pajarillo y decides adquirir la novela. Entrás en la librería de Waterstone's y se la pides a un joven alto que trabaja allí, te la trae. Pagas lo que cuesta y te vas, casi sin creértelo. Eliges sentarte en una silla de un café vecino. Empiezas a leer las primeras páginas gustoso y satisfecho. Resuena el timbre de tu móvil y te llega la voz de un joven amigo libio, médico y escritor; le hablas de la novela, y te dice que la ha leído últimamente y que conoce al escritor. Le escuchas con entusiasmo y quedáis de acuerdo en encontraros pronto. Abandonas el café apresuradamente, con la novela *In the Country of Men*¹⁹ bajo el brazo, y entras con prisas al metro. Recuerdas que desde que tus pies pisaron Londres vas deprisa, siempre deprisa, y que según dice tu madre, “la gente va a por ti”²⁰, pero tu madre no sabe que estas gentes “van a por” todos los habitantes de Londres, y que la prisa en el ritmo de vida es lo que distingue a Londres de las demás ciudades del mundo. Es el mismo ritmo rápido que te hace volver a casa molido de cansancio y exhausto, todos los días. Mientras que en Trípoli te cansa el aburrimiento, el lento ritmo cotidiano, hasta caer desplomado como presa fácil del malhumor y la tensión, lo que hace que no descanses ni cuando estás durmiendo.

La diferencia entre Londres y Trípoli es la diferencia existente entre dos ciudades, una de las cuales no te ve porque sólo desea verse a sí misma y se ama sólo a sí misma, y otra que es como la gata que se come a algunos de sus hijos. Y quien se salva de ese destino, tiene que enfrentarse al destino de la vida soportando el dolor de la ingratitud de su madre.

¡Qué espléndida amargura!

(*al-Quds al-`arabi*, nº 5.653, viernes 3 de agosto de 2007 -19 de rayab de 1428 H.-, página 11: “Hikayat min al-barr al-inklizi. `Azf munfarid wa-maaluf.”)

¹⁹ Se refiere a la novela de este título del autor libio Hisham Matar, 2006, 194 p. Parece que esta novela ha tenido un gran éxito, de lo que se hace eco nuestro autor en su texto, y ha obtenido gran difusión en los medios literarios e informativos en lengua inglesa. Ha sido traducida a varios idiomas, entre ellos el árabe. Agradezco al Profesor Mahmud Salama al-Geriany, quien prepara en la actualidad su tesis doctoral, bajo mi dirección, en el Depto. de Estudios Árabes e Islámicos y estudios Orientales de la Universidad Autónoma de Madrid, y a la Directora del mismo, mi querida discípula y amiga Dra. Carmen Ruiz Bravo-Villasante, que hayan puesto a mi disposición estos datos.

²⁰ Traduzco así, por parecerme que se ajusta más al contexto, la frase que emplea el autor: yazru fi-ka al-qawm, cuyo verbo equivale en coloquial libio, según el citado Sr. al-Geriany, a tárada, es decir, literalmente, “perseguir, acosar”. Es posible que no sea una correspondencia exacta, y cabría buscar por consiguiente alguna otra expresión similar.